

## MODERNIZACIÓN Y PROFESIÓN UNIVERSITARIA

Realizar un recorrido a través del desarrollo histórico de las profesiones en tanto procesos de institucionalización de los dominios disciplinares es el propósito de este libro de Teresa Pacheco Méndez y Ángel Díaz Barriga. Este panorama incluye tanto los fundamentos éticos que han sustentado dichos procesos, como los cambios que, por medio de la tecnología y la especialización, han ido definiendo los saberes y las prácticas que hoy predominan en la enseñanza universitaria y en los diversos desempeños profesionales.

El libro de Pacheco y Díaz Barriga es una obra colectiva, en la que además de las contribuciones personales de los autores, participan otros profesionistas con una visión particular sobre el tema y sobre el campo profesional específico en donde se desempeñan: una reflexión sobre el sentido ético de las profesiones, a cargo de Roberto Villamil Pérez; una visión sobre el mundo objetivado de la profesión médica, por Gloria del Carmen Estrada y un estudio sobre la arquitectura como actividad profesional, a cargo de Pedro Antonio Ortiz.

Roberto Villamil Pérez contrasta el sentido ético de las nociones de utilidad y beneficio social en el origen de las profesiones con las tensiones presentes en estos tiempos de globalización. El autor plantea que dichas tensiones se deben en gran parte a que la empresa global se ha deslindado de su histórica responsabilidad social. Las profesiones, que han adquirido un alto grado de institucionalización y de capacidad técnica, no conforman ya necesariamente un proyecto de vida, establecido sobre un código de moral y un honor de clase.

Villamil hace un poco de historia remontándose a los tiempos de la Reforma protestante, a la concepción de salvación individual que dentro de un ascetismo puritano movió a los individuos en los albores de la modernidad a un ideal religioso las cualidades de la ciencia, en tanto observación y experimentación empírica. Los impulsos psicológicos creados por la fe, reconoce, fueron creando una tradición cultural, uniendo erudición con un *ethos* científico. La valoración social positiva de la actividad científica fue dando lugar a una autonomía funcional de cada campo de la actividad profesional, campo en donde se comprobaba la fe a la vez que se conformaba una tradición cultural que enlazaba ética con utilidad y beneficio social.

El panorama actual es muy diferente, en tanto se han modificado los estilos de vida y los hábitos de consumo sin que haya habido a la vez una mundialización de los beneficios. Los gobiernos se encuentran

RODRIGO PÁEZ  
MONTALBÁN\*

Pacheco Méndez,  
Teresa y Ángel Díaz  
Barriga (Coordinadores)  
(2005) *La profesión  
universitaria en el contexto  
de la modernización*. Ed.  
Pomares, Barcelona-  
México.

\* Centro Coordinador  
y Difusor de Estudios  
Latinoamericanos,  
UNAM.  
e-mail: rpaez@servidor.  
unam.mx

cada vez más limitados para crear oferta de servicios especializados, mientras se modifican las pirámides demográficas, se incorpora la mujer al mercado de trabajo y cambian los estándares internacionales con respecto a la apertura laboral: bajas oportunidades e inseguridad laboral.

Por su parte, Gloria del Carmen Estrada aborda al mundo objetivado como fundamento de la profesión médica, la que, en su opinión, está determinada por la forma en que la sociedad percibe el cuerpo humano. Salud y enfermedad son conceptos históricos y dinámicos que han ido objetivando a la profesión médica.

La autora hace un recuento histórico de los conceptos alrededor de la práctica médica, a partir de los grandes científicos y descubridores, señalando que no siempre la profesionalización en este campo ha sido beneficiosa. No hay medicina única y universal, nos dice, y menos si se excluyen las concepciones y prácticas alternativas, dejando al Hospital como único espacio social de legitimación del conocimiento y de la práctica médicas.

La autora analiza críticamente la dicotomía entre lo normal y lo patológico que se ha ido estableciendo, desde el panoptismo del siglo XIX hasta el dogma biomédico actual, que ha dado como resultado el establecimiento del mundo médico objetivado. Se trata de un discurso que separa al médico del enfermo privilegiando una perspectiva que considera al cuerpo como máquina, un cuerpo que “cae” enfermo, cuerpo sufriente que desea y está dispuesto a ser un “paciente” y considera a la enfermedad como aquello que se encuentra práctica o teóricamente medicalizado.

La autora previene sobre el advenimiento de una “economía política de la medicina”, un mundo médico regido por el desarrollo tecnológico ligado muchas veces a la mercadotecnia, que iría del chequeo por computadora hacia la determinación de la salud y enfermedad “desde siempre”, de acuerdo a las determinaciones del genoma humano, dentro de concepciones de lo biológico ligadas a definiciones legales o científicas, desconociendo la trayectoria histórico-social de “pacientes”, profesionistas y del mismo mundo médico oficial.

Ángel Díaz Barriga, por su lado, analiza las profesiones ante los nuevos retos de la globalización, la flexibilidad y la competencia. Parte de reconocer la confusión frecuente entre ocupación, trabajo técnico y profesión para plantear el debate actual sobre la formación en y para las competencias. Se carece de un estudio sistemático de profesiones, opina, de una adecuada sociología de las mismas.

En México, reconoce el autor, el Estado se consolidó antes que las profesiones. Los profesionales, en general, no son autores de su propia tecnología e incorporan difícilmente la práctica a su formación profesional. Relaciona, como problema nodal de la educación superior, el dilema en teoría didáctica de educar para o educar en la vida.

Díaz Barriga considera que frente a la enorme heterogeneidad de los procesos de trabajo al interior de las profesiones se debe plantear una nueva agenda. Las sociedades más fuertes son aquellas que participan con más impacto en la generación de conocimientos. En efecto, la sociedad del conocimiento establece nuevas relaciones con los sistemas de acceso, de selección, así como del uso de la información. Es importante establecer puntos de convergencia entre formación profesional, mercado ocupacional y sociología de las profesiones, tres aspectos desde donde puede conformarse una problemática de lo complejo.

Dentro de otro importante campo de estudio, Pedro Antonio Ortiz se refiere a la arquitectura como actividad y como objeto de formación profesional. Analiza el proceso de institucionalización como marco social e histórico que ha concedido a la profesión de la arquitectura en México un lugar ampliamente reconocido por su capacidad de expansión.

En su devenir histórico, recuerda, la arquitectura pasó de ser una forma artesanal orientada a la construcción a una actividad estrictamente artística, hasta que la construcción de una teoría general, en el siglo XVIII, devino en una práctica laboral abierta a los avances del conocimiento científico. Ya en el siglo XIX se volvió un saber y una ocupación especializada, volcada al desarrollo industrial y urbano en expansión.

En la actualidad es la educación superior el espacio social en donde se han recogido y se han consolidado las concepciones anteriores sobre profesión y formación profesional, dentro de un intento de síntesis entre conocimiento, ocupación y formación especializada.

El autor finaliza replanteando el debate sobre el qué, para qué y cómo de la formación profesional en arquitectura, debate que ubica dentro del campo de la educación superior y de la docencia, importantes instrumentos para la reconversión laboral del sector productivo. Al final hace un recuento de las instituciones de nivel superior mexicanas, públicas y privadas, en donde se forman actualmente profesionales en arquitectura y los avatares de la evaluación de su desempeño, de acuerdo a los criterios establecidos por la OCDE y el Comité de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (CADU).

En la última parte del libro, Teresa Pacheco vuelve sobre el análisis de las profesiones universitarias en ciencias sociales dentro del contexto de las sociedades complejas. Comienza planteando que las profesiones se vincularon con el desarrollo de la universidad en tanto institución social, logrando así estructuración, legitimación y reconocimiento frente a la sociedad, dentro de marcos normativos y estructuras corporativas.

Recuerda que la sociología da cuenta del surgimiento de las profesiones, de los elementos simbólicos e ideológicos que las acompañan, como referentes del estatus y del reconocimiento social, lo que ha redundado en un conocimiento técnico específico de las mismas.

Tradicionalmente se habían señalado los efectos de cohesión social producidos por la conjunción de competencias entre negocios y profesiones, aunque hoy en día se insiste sobre todo en la importancia de la construcción de identidades profesionales.

Así, las profesiones, que estaban centradas en la construcción de conocimientos y prácticas, han pasado a ser formas de organización ocupacional, universidades (Estados Unidos), instituciones de investigación y academias (Europa), además de diferentes maneras de organización laboral. Con el tiempo se han ido organizando alrededor de problemas, conocimientos y procesos de instrucción para ir definiendo las funciones ocupacionales de los colectivos profesionales que reciben el reconocimiento público ligado al cumplimiento de un código ético determinado.

Pero este proceso de profesionalización, fue pasando de un cierto *status* de neutralidad, como refugio dentro del propio campo profesional, hacia el desarrollo de acciones cada vez más complejas, bajo la influencia de decisiones del mismo Estado.

Hoy en día, opina Pacheco, la generación de conocimientos ha ido redefiniendo y conformando a las profesiones, sometidas también a los cambios dentro del mercado en donde, lamenta, la conexión entre el empleo y la formación es cada vez menos relevante.

Pacheco plantea, para finalizar, la necesidad de pasar de la segmentación al escudriñamiento de una reflexividad innovadora. Acude a los enfoques sobre lo complejo de Luhmann y de Morin, en donde éste aparece como parte intrínseca de la experiencia de vida en la sociedad.

La consideración de la complejidad, como experiencia social, debe abarcar todas las esferas sociales, evitando que éstas tiendan a separarse y a operar de manera diferenciada y autónoma. Las profesiones universitarias en ciencias sociales deben proseguir la búsqueda de sus particularidades dentro de la sociedad global, superando rituales y repeticiones, para lograr formas enriquecidas de aprehensión de la realidad compleja.